

EL CUERPO GRITA LO QUE LA BOCA CALLA

Ma. del Carmen Castañeda Hernández¹

Resumen

Este trabajo tiene por objetivo hacer una reflexión y un análisis sobre algunas concepciones que se han tenido sobre el cuerpo como vehículo de comunicación por medio del lenguaje escrito, a través de las propuestas de diferentes autores del área de comunicación, literatura, sociología y cultura en general. Por lo tanto se llevó a cabo un estudio bibliográfico y contextual sobre estas propuestas para fundamentar mi hipótesis.

Palabras clave

Cuerpo, literatura, comunicación, símbolo, escritura.

Summary

This work aims to do a reflection and an analysis of some concepts about the body as a vehicle of communication by means of the written language, through proposals of different authors in the area of communication, literature, sociology and culture in general. Therefore I carried out a bibliographical and contextual study on these proposals to support my thesis.

Keywords

Body, literature, communication, symbol, writing.

El cuerpo es nuestra condición primigenia de estar en el mundo. El cuerpo es el mediador, comunicador y creador de sociabilidades, tiene conciencia de sí y de lo que lo nos rodea. El cuerpo se fusiona con el mundo y el mundo se amalgama en el cuerpo. La corporeidad se delinea en las jerarquías sociales por fuera de la exterioridad de un espíritu subyugado.

El cuerpo se concibe como lugar simbólico de comunicación y de escritura, en donde se registran representaciones, imágenes y metáforas que evocan más de lo que en realidad se dice. La narración sobre los cuerpos puede revelar las historias colectivas que constituyen las prácticas del existir humano.

El cuerpo no es un objeto. Aferrado en el tiempo y en el espacio, vehículo del ser en el mundo, se obliga continuamente en la conquista de lo real.

El cuerpo es una forma antropológica y política, una mezcla de emociones, pensamientos y de condiciones de inteligibilidad. El cuerpo no puede considerarse sin su dimensión afectiva y pasional, pero tampoco es posible considerarlo sin su configuración simbólica, estética y política.

El cuerpo se manifiesta en cada sociedad como el territorio íntimo, público, medular de configuración de la identidad, como el contexto cultural por excelencia para la manifestación de las nociones de individuo, sujeto, persona y sociedad.

El cuerpo es, ante todo, un comunicador primordial de prácticas y usos complejos, el recipiente de experiencias y de memoria cultural. Los esquemas mentales de uso del cuerpo, generan imágenes mentales e inculcan cualidades morales.

El desprecio religioso e ideológico por el cuerpo ha constituido una de las herejías fundamentales de la cultura occidental. La filosofía occidental, por lo general, se ha inclinado a prescindir del cuerpo en sus exploraciones metafísicas y ontológicas.

La epistemología judeocristiana lo ha concebido como origen del mal, dividido en carne y espíritu, susceptible de ser escarmentado para lograr la salvación. El cuerpo es la

“cárcel del alma” y representa el deseo, el instinto, la vacilación, la enfermedad y la muerte.

Pensar desde el cuerpo es concebirlo como un escenario de representaciones que se plasman en palabras, en escritura. Comprender al cuerpo es comprender la escritura, aprehender el cuerpo es aprisionar la literatura. El cuerpo está escrito, tiene letra.

La literatura, como el cuerpo, es una forma de identidad personal, íntima, significativa. Es un modo de ser, de estar en el mundo.

La literatura es el medio que el cuerpo ha tenido para interpretar y expresar los sucesos humanos. El cuerpo pone de manifiesto al otro, eso otro que es un cuerpo aprehendido, un discurso.

Así, desde la antigüedad, la literatura se materializa a través de los cuerpos. No hay ficciones sin cuerpo. Ningún relato, ninguna narración, por más maravillosos que sean, pueden describir a un personaje sin ninguna característica humana. El cuerpo es el sostén de la literatura y la literatura la extensión, la representación de los cuerpos.

En el intento por dominar el mundo a través de la abstracción y la generalización, los occidentales parecemos haber olvidado que todo lenguaje, pensamiento y comunicación tienen su origen en el cuerpo.

Este intento de descorporeizar la existencia ha tenido su impacto en la literatura, ya que el lenguaje crea una realidad que a su vez crea un lenguaje.

Michel Foucault señala que, desde el S XIX, la relación entre obra y lenguaje se ha convertido en una relación activa, práctica y que por lo mismo es una relación oscura y profunda entre la obra en el momento que se realiza y el lenguaje mismo.

Para Foucault, el cuerpo está atravesado por los discursos, es la génesis del poder como la génesis de la literatura es la palabra. Cuerpo y palabra han sido suplicados, torturados, desmembrados, subordinado a minuciosos mecanismos y disciplinas que les imponen signos, los cercan y los marcan.

El cuerpo, dice David Le Breton, es una “materia simbólica”, una “construcción social y cultural”, es un “inagotable reservorio del imaginario” (2002,65) las prácticas y atributos de los seres humanos no están consignados en su estado corporal sino que están regidos por imaginarios acerca del cuerpo del hombre y de la mujer.

Las funciones y representaciones del cuerpo, como las de la literatura, están moldeadas y dispuestas por su contexto histórico cultural. “El cuerpo metaforiza lo social y lo social metaforiza al cuerpo”, continúa Le Breton y agrega “el cuerpo es una construcción simbólica, no una realidad en sí mismo” (2002,73).

Richard Sennett en su ensayo *Carne y piedra* (1997) expresa la cambiante relación del cuerpo humano con su entorno.

Al reflexionar sobre diversas propuestas estéticas sobre la representación del cuerpo encontramos diferentes líneas de pensamiento: por un lado el cuerpo se puede “mistificar” y “adjetivar”; es decir que el cuerpo se convierte en la expresión material de una razón universal que permite generalizar y articular este modelo con las posturas que leen el mundo desde una perspectiva de oposiciones binarias y limitantes.

Por otro lado, podemos aproximarnos al cuerpo desde una postura ahistórica que surge desde la desconstrucción de los valores impuestos por “las verdades absolutas” y universales. Esto permite que entendamos el cuerpo como un elemento más de los constructos culturales y de los valores simbólicos con que pretendemos organizar el mundo y nuestro entorno.

De forma que, como nos relacionamos con el cuerpo, e incluso como lo significamos, está subordinado a momentos históricos precisos, con espacio social, sexo, clase, raza y una serie de variables dentro de las cuales el individuo se inscribe principalmente a través del lenguaje.

Uno de las manifestaciones más novedosas y destacadas del nuevo concepto de escritura se desarrolla a partir de la idea de una dimensión erótica del lenguaje.

Julia Kristeva y Hélène Cixous han proclamado la importancia del lenguaje como “cuerpo” de la escritura, evocando una carga erótica en el proceso escritural donde el cuerpo que escribe y el cuerpo de la escritura constituyen un vínculo íntimamente relacionado.

Por su parte, Luisa Valenzuela ha expresado la idea de “la escritura con el cuerpo” término que de manera implícita o explícita fluye en sus relatos y aparece frecuentemente en su discurso.

En *Peligrosas palabras* dice que ha habido ocasiones en las que el miedo se ha hecho cuerpo y la escritura ha sido la manera de asumirlo y conjurarlo simbólicamente y expresa: “Al escribir con el cuerpo también se trabaja con palabras, a veces formuladas mentalmente, otras apenas sugeridas. Es un estar comprometida de lleno en un acto que es en esencia un acto literario” (2001, 34).

Y sobre el proceso de escritura de *Aquí pasan cosas raras* comenta que cuando se ponía a escribir en los bares de Buenos Aires estaba consciente de poner el cuerpo en juego, es decir que sentía que el cuerpo se estaba involucrando con la escritura. De manera que descubrió lo que ella denomina “escritura política” que es un intento de: “desatar hasta el más imperceptible, el más diminuto de los nudos con los cuales se estaba tejiendo a nuestro alrededor una red de dominación (...) Donde pongo la palabra pongo mi cuerpo, lo supe entonces sin saberlo del todo” (Valenzuela 1975,169).

De manera que al decir “escribir con el cuerpo” Valenzuela se refiere a una poética subversiva de escritura: “Porque los poros y la tinta son una misma cosa. Una misma apuesta”. (1975,126).

De la misma forma, Valenzuela ha hablado de cómo siente, en ocasiones, la necesidad de mover el cuerpo cuando está en un proceso creativo, comprobando una marcada simbiosis entre el acto físico de moverse y el de escribir: “A veces en medio de la escritura tengo que levantarme a bailar, a festejar el fluir de la energía haciéndose palabra” (1975,135).

Esto es lo que Kristeva denomina como la *revuelta íntima*. La intención inmediata es construir una identidad: el *alma de escritora*, lo cual podemos definir como una capacidad especial, para registrar una realidad total, pero también para *aprehender* que esa totalidad no se *devela* en la literatura si no a través de una mediación que son ciertas pulsiones humanas, muy íntimas, muy identificables, lo que Freud entiende por *psiquis*.

Para Kristeva lo íntimo es lo más profundo y lo más inefable de la experiencia humana.

El resultado es una intimidad indómita, una literatura donde el lenguaje reduce su distancia de objeto para significar el *ser* mismo, en esa metáfora del cuerpo y la vida que es la corriente sanguínea.

Este concepto de escritura está al mismo tiempo vinculado con la idea de que el escritor, consciente de la significación de su cuerpo, logre alcanzar un ejercicio de escritura propio que sea inexorablemente de tipo transgresivo. El texto establece una transacción entre cuerpo y literatura.

2. El cuerpo como contexto

Si hacemos un análisis crítico de la historia, podemos darnos cuenta de que ésta acontece a través del ejercicio permanente entre los cuerpos, los contextos y el entorno. El cuerpo humano, siendo entidad viviente, con funciones muy particulares genera una interacción contante con sus semejantes y el entorno que lo rodea. Esto determina que el punto de vista que se tiene del *cuerpo* esté en constante cambio y evolución. Pero precisamente ¿cómo, dónde, quién y por qué empezó el interés por el cuerpo?

Existe, desde luego, un enfoque cultural, antropológico y filosófico en la forma de apreciación del cuerpo.

La perspectiva oriental va más allá de la realidad inmediata. La filosofía de oriente se basa en la premisa de que toda la vida ocurre dentro del ciclo de la naturaleza y las cosas están conectadas y son mutuamente dependientes.

Partiendo de esa unidad corpóreo espiritual, se emprende la búsqueda de la esencia de lo humano mediante la práctica del autocultivo. Por tanto, la transcendencia tiene una orientación hacia el interior del ser humano, no hacia fuera o arriba: la unidad corpóreo espiritual es una vía a la metafísica a través de la metapsicología.

En la tradición del pensamiento oriental se acentúa la corporalidad, se insiste en la inseparabilidad de subjetividad y objetividad, cuerpo y espíritu o mente, y se acentúa la existencia en la unidad de cuerpo-espíritu-naturaleza.

En Occidente arrastramos el lastre de una excesiva separación de lo corporal y lo espiritual (mental, anímico). La visión occidental se queda en este cuerpo, y lo ve como objeto en sí, lo estudia como parte de la realidad objetiva. El cuerpo es sólo la expresión o reflejo de otro gran misterio, un misterio mayor, trascendente, reflejo de otra realidad.

Pertenece a un extraordinario conjunto de *cuerpos* que existen en sí y que conforman una colectividad establecida.

El pensamiento griego, tanto de Platón, de Aristóteles o de Hipócrates, se rigió por la noción de límite, y esta preocupación también colmó el discurso, la actividad física y el deporte. Se buscaba un equilibrio entre el alma y el cuerpo.

Así pues, el terreno ya estaba listo para el arrebató de ascetismo que surgió durante la Edad Media. La sociedad medieval, con la ideología cristiana como motor principal, establece una dicotomía: por un lado el cuerpo exaltado y glorificado, por otro, como sinónimo de pecado. Tal era el desprecio por el cuerpo que limpiarlo equivalía a agraviar el alma.

A partir del surgimiento de la cultura de la imagen todas las miradas y cuidados confluyen en el cuerpo, que únicamente se valida y se aprecia por la mirada del otro. El cuerpo generalizado, estandarizado y sometido en sus formas resulta además, un cuerpo fragmentado.

Michel de Certeau refiriéndose a un coloquio científico sobre el cuerpo dice:

...buscábamos el cuerpo y en ningún sitio lo encontrábamos. El análisis no revela sino fragmentos y acciones. Descubre cabezas,

brazos, pies, etcétera, que se articulan en diferentes maneras de comer, saludar, cuidarse. Se trata de elementos ordenados en series particulares, pero uno nunca encuentra el cuerpo. El cuerpo es algo mítico, en el sentido de que el mito es un discurso no experimental que autoriza y reglamenta unas prácticas. Lo que forma el cuerpo es una simbolización sociohistórica característica de cada grupo (Entrevista con Michel de Certeau 2006).²

Según Merleau Ponty la gran paradoja e incógnita es que el cuerpo es, al mismo tiempo, “vidente” y “visible” para los demás. Ese que ve todo lo que lo rodea, los objetos que se convierten como sus prolongaciones, en parte de sí mismo, que puede observarse a sí mismo mirando en un espejo. Además de visible, es sensible para sí mismo. Por eso el cuerpo humano no es una suma de partes, sólo existe cuando entre vidente y visible, entre tocante y tocado, entre un ojo y el otro, entre la mano y la mano, se hace un entrecruzamiento que alumbra el sentir sensible.

Cada contexto sociocultural influye en la forma de sentir el propio cuerpo, de percibirse a sí mismo y a los otros y en la manera de representarlo desde la literatura.

Para Roland Barthes la literatura no es un *corpus* de obras, sino una práctica de escritura; un conjunto de ideas donde no existe un tema general que pueda fijar, o fetichizar, a ninguno pues cada saber tiene un lugar indirecto que hace posible el diálogo con su tiempo. “La ciencia es basta, la vida es sutil, y para corregir esta distancia es que nos interesa la literatura” (Barthes 1989, 125).

Pero el cuerpo, en tanto que humano, es una *construcción simbólica* cargada de un significado posible susceptible de una nueva elaboración. Según Lluís Duch ahí reside el núcleo central del “trabajo simbólico”, el cuerpo nos permite *hacer experiencia*, nos transforma en seres humanos auténticamente creadores.

De modo que si podemos hablar de una dimensión simbólica de la existencia humana, podemos también referirnos a una *simbólica del cuerpo* que desafía la concepción cartesiana que separa mente y cuerpo.

El cuerpo como significado y significante que proporciona sentido del mundo, de un orden simbólico que incluye y que manifiesta un proyecto ético a través de lo imaginario y lo simbólico capaz de establecer nuevas formas de relacionarse y de ser.

Merleau Ponty diría: “un cuerpo que es para el alma su espacio natal, y la matriz de todo otro espacio existente” (Merleau Ponty 1962,15).

La literatura es un constructo sociocultural que se realiza como puesta en escena, y se socializa a través de las instituciones culturales: escuela, universidad, academia, prensa y la industria editorial. La práctica escritural no es más que una puesta en texto, una puesta en palabras.

Ser lector, según Barthes, no consiste únicamente en desentrañar e interpretar una significación o un sentido de acuerdo a un cierto código establecido, sino en leer el corpus del texto desde el placer que produce en mi propio cuerpo.

En una entrevista de 1978 Barthes dice que hay varios cuerpos: “El cuerpo humano, representado en un objeto científico tan heteróclito, tan inmaterializable como el lenguaje lo estaba en principios de este siglo, cuando un gran lingüista como Saussure se rehusó a unificar los puntos de irrupción”.³

De Certeau explica que en primera instancia, un tipo de cuerpo se define por medio de un sistema de opciones respecto a sus acciones. Pero que ese cuerpo también está determinado por un conjunto de selecciones y codificaciones relativas a registros incluso más fundamentales, como los límites del cuerpo: ¿dónde termina?, las maneras de percibirlo y pensarlo ¿a través de sus actividades exteriores, su superficie, la apertura de su interior?, el desarrollo de los sentidos ¿el oído, el olfato, la vista?, etcétera. Cada “cuerpo” debe ser la combinación de estas determinantes.

Para Barthes el cuerpo humano no es un objeto eterno, consignado desde una eternidad en la naturaleza, es un cuerpo que ha estado muy manipulado, controlado y transformado por la historia, por la sociedad, por la política, por las ideologías, y por lo tanto nosotros debemos interrogarnos sobre lo que nuestro cuerpo significa y comunica.

Finalmente, según Barthes, existe un cuerpo estético, un cuerpo humano que se ha hecho el objeto de representaciones artísticas. Y hay subrayar que, probablemente, lo que conocemos como estética del cuerpo humano fue inicialmente una esfera de representaciones relacionada con la religión; el cuerpo humano, ciertamente, empezó

representarse con fines religiosos, pero posteriormente la estética se ha hecho profana y se ha llegado a lo que podemos llamar actualmente una poética del cuerpo humano.

Obras Citadas

Barthes, Roland. (1989) *El placer del texto y Lección inaugural*, S XXI, México.

Cixous, Hélène. (1995) *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura* (Trad. Ana María Moix y Myriam Díaz Diocaretz). Editorial Anthropos, Barcelona.

Duchm Lluís Duch y Joan Carles Melich. (2002) *Antropología de la vida cotidiana* Trotta, Barcelona.

Foucault, Michel. (1987) *Vigilar y Castigar*. Siglo XXI Editores, México.

Kristeva, Julia. (1999) *Sentido y sinsentido de la rebeldía. (Literatura y psicoanálisis)*. Editorial Cuarto Propio, Chile.

Kuwano, Moe. La unidad de cuerpo-mente desde la perspectiva de la encrucijada entre filosofía y medicina. Antropología del cuidar en el marco del pensamiento oriental, en www.filosofia.url.edu/.../M.%20Kuwano.%20La%20unidad%20de%20cuerpo

Le Bretón, David. (2002) *Antropología del Cuerpo y Modernidad* Editorial Nueva Visión, Buenos Aires.

Le Goff Jacques y Nicolas Truong. (2005) *Una historia del cuerpo en la Edad Media* Paidós, Barcelona.

Merleau-Ponty, Maurice. (1962) *L'oeil et l'esprit*. Gallimard, Paris.

Sennett, Richard. (1997) *Carne y piedra* Alianza, Madrid.

Valenzuela, Luisa. (1999) *Sentido y sinsentido de la rebeldía. (Literatura y psicoanálisis)*. Editorial Cuarto Propio, Chile.

Yuasa Y. (2001). *El perspectiva oriental sobre cuerpo y mente [Shintai-ron: Tôyôteki Shin-Shinron to gendai] Tokyo, Kodansha* en www.filosofia.url.edu/.../M.%20Kuwano.%20La%20unidad%20de%20cuerpo

¹ Nació en México D.F. Es egresada de la carrera de Lengua y Literatura Hispánicas de la Universidad Iberoamericana. Desde hace 17 años es profesora de las carreras de Lengua y Literatura de Hispanoamérica y de Comunicación en la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma de Baja California. Sus áreas de especialización son la Historia de la Literatura (Literatura hispanoamericana, mexicana, europea y cine, etc.) y el Desarrollo de habilidades de lectura. Ha participado en conferencias y presentaciones de libros así como en programas literarios de radio y ha dictado conferencias sobre diversos tópicos académicos. Actualmente es miembro propietario de la Academia de Ciencias de la Educación y Humanidades de la UABC.

² Georges Vigarello, Entrevista con Michel de Certeau: “Historias de cuerpos”. La Ortiga, N°. 68-70, 2006

³ Entrevista televisada con Teri Wehn Damisch para la emisión en *Zig-Zag este cuerpo que habitamos* realizada por Yves Kovacs para antena 2 grabada en septiembre de 1978 y difundida el 13 de octubre de 1978 (texto realizado por Antoine Compagnon en www.ddooss.org/articulos/entrevistas/Barthes.htm)

R

y

P